

GRANDULLON

James Patrick Kelly

* * *

Los cuentos de James Patrick Kelly con frecuencia describen el futuro desde el lugar de trabajo de una persona común. Al escribir su último cuento, pensó en la evolución que podría darse en la tarea de un guardia de seguridad, en lo monótono que podía ser su trabajo y en los medios que puede hallar un hombre para hacer que las cosas se pongan un poco más interesantes.

La última vez que se había conectado a Muy Lejos, Murph se había borrado las tetillas. Estaba seguro de que Gata lo había notado, aunque él se había dejado la camisa puesta

mientras hacían el amor. Ella *siempre* se dejaba algo puesto... alguna de sus prendas eróticas. La vez del sombrero, Murph casi había sufrido un desmayo. Pero él estaba preparado para algo más que otra simple sesión de sexo fantasma. Quería decirle su nombre, lograr que ella lo invitara a su cabina. Se imaginaba abriéndole el botiquín de medicamentos, buscando algo bajo su cama. ¿Habría comprendido la insinuación? Tal vez había sido demasiado sutil. Gata no había dicho nada sobre su pecho corregido, pero, por supuesto, nunca lo haría. Gata amaba el misterio. Para ella, formaba parte del juego amoroso.

El icono veintisiete comenzó a titilar. Algo había disparado los detectores de intrusos del consultorio del Dr. Bertrand. Murph era el operador de seguridad de Bertrand.

—Expandir —dijo Murph. Bostezó e inclinó hacia atrás su butaca de trabajo. El mecanismo hidráulico de la silla suspiró bajo los ciento treinta kilos de Murph. La pantalla ubicada en el cielorraso de la cabina mostraba tres tomas del oscuro consultorio del psiquiatra, en el alcázar. Una mujer que nunca antes había visto lanzó una risita tonta, al tiempo que entraba en la diminuta sala de espera de Bertrand. Bertrand la rodeó con su brazo y, con un ademán, ordenó a las luces que se encendieran.

—Hola, Murph —saludó a la cámara—. No podía dormir, así que pensé en ponerme a trabajar un poco.

La mujer miraba todo fijamente, como si esperase ver a alguien en la habitación. Después, localizó la cámara y la miró con sorna.

—Primero tengo que hacer pis. —Tenía una voz de whisky, oscura como el humo. Bertrand señaló al sanitario. La mujer avanzó tambaleándose y cerró la puerta tras de sí. La esposa de Bertrand lo había abandonado en enero, mudándose del barco a la ciudad. Desde entonces, el psiquiatra se quedaba despierto hasta tarde, buscando algo que hacer. Quizás ya lo había encontrado.

—¿Se enteró de lo de Noonan? —Bertrand quería fingir que la mujer no existía.

—Dicen que no tenía ni una marca —dijo Murph—, pero sigo sin creer que fue suicidio. Hablé con ella el viernes y estaba tan cuerda como yo.

—¿Quién se suponía que debía protegerla?

—Nadie. Despidió a Tumey la semana pasada.

Se oyó que corría el agua del inodoro.

—Disculpe, doc, debo irme. Salgo en diez minutos y estoy en medio de mi última ronda. —Si Bertrand hubiese estado solo, Murph le habría concedido unos minutos para oírlo quejarse de su vida. Se suponía que los hombres obesos sabían escuchar—. Bumpus cubre la vigilancia de mis locales después de las 23:00. No olvide resetear el sistema cuando se vaya. —Encogió nuevamente la oficina de Bertrand al tamaño de un icono y buscó la identificación de la mujer.

Era Carree Gates, una profesional con licencia que había viajado desde Lawrence. Su último examen ginecológico había sido el mes anterior. Murph se preguntó si el pobre Bertrand se habría molestado en verificarlo. Pudo haberse puesto a mirar al viejo mientras se tumbaba en el sofá con su chica segura. Mientras la acostaba sobre el escritorio. A algunos clientes les gustaba más así. Pero eran las 22:52 y estaba cansado de vigilar los muebles de otras personas a través de la fluctuante penumbra azul. Además, no era esa su perversión. Si tenía que mirar a la gente durante el sexo, prefería mirarse a sí mismo. Con Gata.

Podía ser que Gata viviera cerca de proa. O en la cubierta del barco. La idea de cargar su humanidad a lo largo cinco tramos ascendentes de escaleras angostas le daba mareos. El máximo ejercicio que hacía eran los seis escalones que lo llevaban a la puerta o al sanitario. ¿Y si era una de sus clientes? Ni siquiera estaba seguro de que fuese mujer. Una vez ella se había presentado como un hombre delgado, de unos veinte años, con muslos fuertes y un apetito insaciable. Su verdadero sexo era otro misterio que Murph pretendía develar. Ya había decidido que le daba lo mismo. Seguiría siendo Gata. Un nombre. Una actitud. Pelaje negro. Siempre y cuando no viviera demasiado lejos.

Murph se había pasado las últimas siete horas vigilando ochenta y seis locales —cuarenta y siete pertenecientes a sus propios clientes, treinta y nueve a los de Bumpus-, a fin de ganarse el suficiente tiempo libre para conectarse a Muy Lejos. La nómina de Murph, por sí sola, ya era lo bastante pesada como dejar aplastado contra las pantallas a cualquier operador independiente. Dieciocho residencias, todas en los puentes superiores; nueve tiendas que vendían de todo, desde jardines embotellados hasta héroeware; cinco locales de comida para llevar: pizza, hamburguesas, exprimidos, krill y mejicana; cuatro psiquiatras, tres médicos, tres talleres de reparación de electrodomésticos, un abogado, un acupunturista, un decorador de interiores, un estudio de danza/defensa personal y una guardería abierta las veinticuatro horas. Pero Murph no era un operador común y corriente. Era un campeón. Sus locales tenían una tasa de incursiones —reales o virtuales— más baja que la de cualquier otro operador contratado del barco. Murph estaba orgulloso de que ninguno de los supuestos suicidios hubiesen ocurrido dentro de su nómina. No le importaba el precio que había pagado por ser el mejor. Claro que sería más fácil trabajar en turnos regulares de ocho horas, para alguna corporación como el hospital, CDM o Maxit. Pero, en ese caso, algún jefe cargoso

trataría de obligarlo a hacer dieta. Lo arrastraría a alguna de esas reuniones de mierda... Ya había trabajado para los trajeados con anterioridad. Además, pagaban una miseria. ¿De qué servía el tiempo libre si no se podía solventar el acceso a Muy Lejos? ¿O la clase de héroeware hecho a medida que impresionaba a las juerguistas como Gata?

Bumpus apareció a las 23:07, llenando toda la pantalla derecha de la cabina de Murph.

—Perdón por llegar tarde. —Normalmente, era un hombre con la nerviosa inquietud de un ratón y ojos grises de mirada líquida. Esta noche tenía la mirada desvaída, copia de una copia, de alguien que acaba de gastarse el sueldo de un mes de trabajo en un par de horas. Murph conocía esa mirada. La había visto en su propio espejo—. Tuve que hacerme una limpieza. —Bumpus abrió una ventana para mostrarle a Murph su análisis de sangre. Los fregadores habían bajado sus niveles de alcohol a .02, de neocaína a .005—. ¿Algún otro suicidio?

—En nuestras nóminas, no. —Murph aceptó el informe—. ¿Le debes sueño al gobierno?

—No hasta el fin de semana, como mínimo. Y acabo de vigorizarme.

El sueño era puro tiempo improductivo. Los mejores operadores permanecían vigorizados el mayor tiempo posible. Los ultrahombres como Murphy preferían pagar sus deudas de sueño en una abultada y única suma. La exigencia diaria mínima para un operador con trabajo era de dos horas, y Murph siempre tenía trabajo. Una vez por semana, debía quemar catorce preciosas horas de su tiempo libre en la cama.

—Está bien —dijo Murph—. Por mi parte, tengo treinta y dos locales activos. Y vigilo veintinueve de los tuyos.

Le dio a Bumpus el informe de ambas nóminas. Todo estaba más tranquilo que lo usual porque algunos locales habían cerrado por el fin de semana largo del Día del Trabajo. Algunos de los clientes residentes de Murph tenían dinero suficiente para dejar el barco. Bumpus acababa de mudarse a bordo hacía apenas un par de años y seguía luchando por hacerse de una nómina. Hasta ahora, había obtenido la mayor parte de las cubiertas tipo C y D. Las únicas vacaciones para las que tenían tiempo eran las virtuales. Como Bumpus, que vivía abajo, en lo que había sido la sala de máquinas. Era un viejo de cuarenta y seis, ya disperso y un poco olvidadizo. Cosa que ocurría cuando uno pasaba demasiado tiempo en demasiados sitios a la vez. Bumpus estaba bien para tomarse tiempo libre ocasionalmente o para saltarse períodos de sueño, pero Murph pensaba que no tenía ni la dedicación ni la capacidad de atención necesarias para trabajar en seguridad independiente las veinticuatro horas del día. No era el campeón de nadie.

—¿Dónde te conectaste? —preguntó Murph.

—Donde siempre. —Bumpus se acomodó en su butaca e hizo descender la consola.

—¿O sea?

—O sea, por ahí. —Los iconos comenzaron a desaparecer de las pantallas de Murph a medida que Bumpus se hacía cargo de ambas nóminas—. Aquí y allá. —Tenía una frente alta, lustrosa; se la frotó con aire ausente—. Veamos... Mercado del Éxtasis. Eché un vistazo a Salida 13. —Parecía que su noche de juerga no había dejado muchas impresiones—. Y Shock del Futuro... creo que ahí terminé.

—¿Muy Lejos?

Bostezó. —Esa es tu chifladura, no la mía. ¿Me repites cuál es tu local dieciséis?

—Grill Del Krill, cubierta D.

—Parece que no hay na... oh, allí está ella, saliendo del sanitario. Probablemente peinándose —Giró la butaca para quedar de frente a otra pared cubierta de pantallas—. No hay mucha acción con los fantasmas hoy en día. Y si la hay, segurísimo que yo no la encuentro.

—Las cosas no son como antes, ¿eh, Bumpus?

—Tal vez nunca lo fueron. —De la pantalla de Murph desapareció el último icono—. Creo que la próxima vez sencillamente saldré a caminar.

—¿A caminar?

—Caminar. Ya sabes, con los pies. —Hizo un gesto fortuito hacia una compuerta que daba al exterior—. Salir del barco, ir a la ciudad.

—Y después adorarás al sol y comerás tierra.

Bumpus retorció la boca. —¿Cuándo fue la última vez que saliste del barco?

—Ahí afuera está Kansas, ¿recuerdas? —Murph no tenía tiempo de andar paseando. Tenía una nómina de cuarenta y siete locales—. Si has visto un ondulante trigal color ámbar, los has visto todos.

—Sí, pero ¿cuántos dormitorios puedes vigilar antes de derrumbarte?

—Esa es tu chifladura, Bumpus. No la mía.

Bumpus gruñó y golpeó la consola. Murph advirtió que había obtenido más reacciones de Bumpus en los últimos diez segundos que en los dos años anteriores.

—Está bien. —Bumpus volvió a hundirse en la butaca, como un globo que pierde aire lentamente—. Tu nómina queda aceptada a las 23:17:38. Seis horas de tiempo libre, comenzando ahora. Vive de prisa, gordo. —Cortó la conexión.

Bumpus estaba ocupando la única pantalla activa de Murph. Al borrarse de ésta sin previo aviso, la cabina quedó a oscuras.

—¡Eh!

Había dejado a Murph completamente desconectado del mundo. Ni entradas ni salidas. Lo espantaba. Sólo dos de las seis superficies de la cabina de Murph no eran pantallas: el piso y la pared de servicios. Murph no veía nada, salvo la luz roja del reloj ubicado sobre el lavabo. 23:17:41, 23:17:42, 23:17:43... los segundos del tiempo libre que tanto le había costado ganarse goteaban como sangre, adentrándose en la noche y el silencio. El aire parecía colmado de coágulos de vacuidad. Tragó saliva. Los apoyabrazos de la butaca se sentían pegajosos contra sus muñecas. Era como la ocasión en que había intentado dormir sin píldoras.

—¡Infolínea! —Se le quebró la voz—. ¡Mundo Deportivo! ¡Parlanchines! —En el cielorraso, el Capitán-Alcalde estaba pasando la grabación del suicidio más reciente del barco. A la izquierda de Murph, el mediocampista de los Kansas City Royals galopaba debajo de una bola alta. Se quitó de golpe las gafas de sol y levantó el guante. La mujer que estaban entrevistando a la derecha no llevaba nada puesto, salvo un enjambre de abejas. El mundo, activo y expectante, fulguraba en las paredes, asegurándole que no estaba realmente solo.

Staples atrapó la bola y se dirigió al banco de suplentes sin perder el paso. Dos a cero,

Caballeros, lo mejor de la cuarta. Murph se estremeció y ahuyentó la ansiedad. No había

tiempo para eso... Tal vez Gata ya estaba esperándolo. Borró al Capitán-Alcalde para encargar un exprimido de papas a la cajun, y luego invocó a sus héroes utilizando la pared de atrás.

Murph coleccionaba héroeware desde hacía once años. Al comienzo, cuando no podía pagar la conexión, se había restringido a los modelos genéricos baratos. Tenía a Sansón, con su miembro grueso como un pepino, a Sir Knight, con tres módulos armadura superpuestos, y a un vampiro que podía convertirse en murciélago o en lobo. Más tarde,

a medida que descubría fantasmas más sofisticados, se había permitido el lujo de un Dragón de edición limitada y un *homo habilis*, El Hombre Espejo, hecho por encargo, le había costado los ahorros de seis meses.

Finalmente, se había dado cuenta de que todo eso era cosa de niños. En el héroeware, la moda más refinada abastecía principalmente a los zánganos a quienes no les agradaba ser lo que eran. Tenían miedo de resultar demasiado feos, demasiado aburridos, demasiado étnicos para atraer gente hermosa e interesante... y estaban en lo cierto. Así que se ocultaban en anónimos cuerpos virtuales y jugaban juegos que les evitaban tener que descubrir cualquier cosa importante de los demás. Juegos de lucha, juegos de droga, juegos de sexo.

Hacía mucho tiempo, Murph había sido uno de ellos, una miserable loncha de grasa. No solía tener nada de qué enorgullecerse. De modo que había trabajado más que cualquier otra persona que conociera. Ahora era un campeón y tenía a Gata. Colocó el cursor sobre el último icono de su colección. Grandullón llenó la pared de atrás.

Murph, Gata y sus amistades de Muy Lejos habían dejado de perder su tiempo libre jugando juegos. Sus personajes de héroeware hacían añicos las máscaras de la moda virtual, pues daban pistas de quiénes podían ser en realidad. Gata, por ejemplo, decía que se mostraba como un ser peludo porque se rehusaba a afeitarse las piernas o a depilarse con cera el labio superior. Sus ojos dejaban en claro que nadie de su gente había llegado a Norteamérica en el *Mayflower*. Poco después de encontrar a Gata en Muy Lejos, Murph había puesto en servicio a Grandullón. Que era él mismo, hinchado a tres veces más de su peso real, un festín de carne profusa y colgante. Grandullón tenía seis papadas, pechos tan turgentes como cualquier marilyn del Mercado del Éxtasis, el vientre como un tambor. Si hubiese entrado en alguno de los virtuales acostumbrados de Bumpus, los zánganos se habrían reído. O peor aún, lo habrían ignorado. Le habrían impedido el acceso a sus pantallas como si no existiera. En Muy Lejos, a nadie le impedían jamás el acceso a las pantallas. La gente charlaba antes del sexo. A veces, incluso, se decían sus nombres verdaderos. Se invitaban a sus respectivos hogares.

Murph echó un vistazo a Grandullón, que le devolvió la mirada.

—Quitar ropa. —Inmediatamente, Grandullón quedó desnudo. Seguía sin tener tetillas. Gata tenía que haberlo notado... La última vez, la camisa había quedado completamente abierta. Dentro del protocolo de seducción de Muy Lejos, borrar partes era el paso final de la danza íntima. Podía ser que ella no hubiese dicho nada porque él sólo había insinuado lo que quería. Menos partes dirían más—. Seleccionar. —Murph extendió la mano hacia la entrepierna de Grandullón. En la pantalla, Grandullón estiró la mano hacia Murph. El pene era lo único que no era enorme. Era el de Murph: arrugado, circuncidado, del color de los labios de Gata. Apoyó la mano en la pantalla—. Borrar. —Donde había estado el miembro, ahora había estática.

Sonó la campanilla de la puerta y el icono correspondiente comenzó a titilar.

—Expandir —dijo Murph.

Una repartidora escudriñó la cámara.

—Porción grande de papas a la cajun —dijo. Murph no la había visto antes. Se parecía un poco a Mandy Moore, cuyo video "Ahora No" era el preferido de Murph. Coleccionaba fotos de Mandy tomadas furtivamente y las pegaba al espejo de la pared de servicios. Era algo ligeramente ilegal, pero las fotos constituían un excelente artículo de trueque. La pobre Mandy necesitaba un nuevo operador de seguridad, un campeón como Murph. Nadie tenía fotos no autorizadas de sus clientes. La repartidora tenía cabellos débiles, del color de la arena. Ojos pardos. Un extraña zona chata en la punta de la nariz—. Nueve con noventa y cinco —dijo. Tal vez tenía unos trece años. Demasiado joven para hacer repartos a las 23:25.

—Pagar. —Murph autorizó un débito de quince dólares en favor de Exprimidos A Pedido—. Eres nueva —dijo, mientras esperaban que se registrara la transacción—. ¿Cómo te llamas?

—Sí, cierto. —Abrió la tapa del termopak. Una porción grande de exprimido de papas era del tamaño del zapato de Murph. Venía envuelta en papel de aluminio arrugado. De su parte superior brotaban rizados mechones de vapor. Aunque no podía oler nada a través de la puerta de seguridad, Murph podía imaginar su fragancia húmeda y harinosa.

Sí, y ese dejo a ajo, cebolla y horrible ají picante. Le abrió la portezuela para entrega de mercadería sólo lo suficiente. Cuando el pago se hizo efectivo, el termopak emitió un bip—. ¿Propina de cinco dólares? —Con suspicacia, la muchacha apartó la vista de la cifra del visor—. ¿A cambio de qué?

—Después de entregarme el exprimido —dijo él—, deja la mano en la portezuela.

Ella abrió los ojos como platos. —Ya me contaron de usted.

Exprimidos A Pedido era cliente de su nómina. —¿Te contaron que te la arrancaré de un mordisco?

—No soy una juerguista, señor. Estoy aquí. Soy real.

Murph se alzó de la butaca. —Hasta que yo lo mande.

—Usted no me hará daño. —Lo hizo sonar como una orden.

—No. —Mareado, estaba mareado. Probablemente porque había estado sentado durante casi ocho horas.

La chica tenía que ser de la ciudad, de las que viajaban todos los días. Quizás le habría sido posible investigar su identificación, pero ¿para qué molestarse? La observó arrodillarse delante de la puerta. Encendió todas las luces de la cabina. El exprimido pasó por la portezuela. Murph se agachó. Cuando tomó el exprimido de sus manos, las puntas de los dedos de la muchacha se crisparon ligeramente. El papel de aluminio estaba muy caliente y el exprimido se le cayó. El aroma era embriagador.

Ella tenía puesto un guante, por supuesto. Le llegaba hasta el pliegue de la muñeca. Murph tironeó de él. Ella dio un respingo pero no retiró la mano. Murph descubrió lentamente la palma, exponiendo la base del pulgar, la línea de la cabeza, la hermosa línea del corazón. Tenía dedos largos, sensuales... Y eran los dedos de una mujer. Los acarició en toda su longitud, demorándose en los arcos y espirales de su piel. Se sentía como en un sueño. Cuando él tenía la edad de la muchacha, solía dormir todas las noches. En aquel entonces debió haber tenido sueños. No podía recordarlo. Cuando terminó, hizo un bollo con el guante y lo pasó por la portezuela de un empujón.

—Está bien. —Murph levantó el exprimido, pasándoselo de una mano a otra para no quemarse.

La muchacha, por un momento, hizo una incierta pausa frente a la puerta. —Gracias —le dijo.

—Vive de prisa. —Mientras Murph cerraba la compuerta, se percató de que probablemente la muchacha no podía vivir de prisa. Sus padres estarían esperándola cuando regresara a casa. Dormiría siete, ocho horas. Mañana, viajaría en ómnibus repletos, andaría a los tumbos por los pasillos de la escuela, miraría por las ventanas y dejaría que el aburrimiento se la comiera viva. El peso de todo ese tiempo libre deprimía a las personas como ella. A Murph le costaba mucho dinero vivir como vivía, pero al menos no se aburría nunca.

En la pared del fondo, Grandullón estaba desnudo. Seguía con un agujero entre las piernas. Murph copió allí un sector del vientre. Piel suave, fino vello rubio. 23:30:02. Volvió a ponerle ropa a Grandullón. Una camisa azul, suelta, con microsello; jeans negros, zapatos de malla... Lo que él mismo tenía puesto, pero más grande. Le quedaban cinco horas y cuarenta y siete minutos. Levantó su cena e introdujo la lengua, a través del papel de aluminio, en el tibio, jugoso y picante contenido. Se desplomó en la butaca.

Se preguntó qué diría Gata cuando se diera cuenta de que la única manera en que podrían hacerlo hoy era en persona.

En las tres paredes y el cielorraso apareció la pantalla de bienvenida de Muy Lejos. Se representaba como un enorme rostro negro, dormido. Enmarcado por un revoltijo de cabello gris, patillas y barba.

Murph presionó el último enchufe cerebral para colocarlo en su sitio y el sistema comenzó a samplear la actividad de su córtex sensorial primario. A medida que cada sentido se iba conectando a la línea, el icono correspondiente comenzaba a fosforescer en la consola. *Auditivo... visual... olfativo...* La conexión de entrada/salida cerebral directa le había costado a Murph tres años de sueldo. Había tenido que gestionar un préstamo, pero valía la pena. Antes, desperdiciaba media hora en meterse, serpenteando, dentro del maloliente traje de juergas. Si planeaba tener relaciones sexuales, debía introducir el pene en una funda especial... *no-sé-qué-tésica... cinestésica...* El sistema ya estaba accediendo al córtex secundario. La mayoría de la gente que se conectaba a los fantasmas recibía placer por medio de las terminaciones nerviosas. Murph no tenía miedo de invitar a Gata a pasar al interior de su cerebro. 23:34:52. Estaba listo.

—Hola, soy yo —dijo Murph.

Muy Lejos despertó. —¡Grandullón! —Las comisuras de los ojos de Muy Lejos se arrugaban cuando sonreía.

—¿Está ella?

—Claro. —Su voz se volvió un bramido—. Hay muchísima gente aquí.

—¿Me espera desde hace mucho? —dijo Murph. Muy Lejos bostezó. El aliento del fantasma le hizo cosquillas en la cara. Murph disminuyó la intensidad de la ganancia sensorial—. Tengo cinco horas y cuarenta y dos minutos.

—Subió la tarifa, Grandullón. —La sonrisa de Muy Lejos se encogió hasta convertirse en una mueca de amargura—. Disculpa.

—¿Cuánto?

—Setecientos treinta la hora. —Meneó la cabeza y su cabellera bailó—. Amplié mi seguro de vida.

Un aumento de cincuenta dólares la hora. Si se conectaba durante el resto del tiempo libre de esa noche, su cuenta de débito quedaría en cero y tendría que activar la línea de crédito, a un interés del 23 por ciento. Pero eso no iba a ocurrir. Quizás saldría en una o dos horas, si Gata decía que sí.

—¿Y qué?

—Vive de prisa, Grandullón. —Muy Lejos abrió la boca.

—Debo hacerlo —dijo Murph.

Las mandíbulas de Muy Lejos se abrieron cada vez más, como las de una víbora. Murph hizo pasar a Grandullón a su interior. El aliento de Muy Lejos era tibio y mentolado, para cubrir un tenue olor a huevo. Murph avanzó por sobre la reluciente fila de incisivos, deteniéndose en la áspera superficie de la lengua. Las células epiteliales que recubrían el interior de la boca brillaban con una luz meliflua, rosada. Murph se agachó, pasó por debajo de la úvula y entró en el salón de los rostros.

Parecían perderse a la distancia hasta desaparecer. Muy Lejos los había organizado de

tal modo que sólo los primeros eran conocidos de Murph. Inmediatamente a su izquierda, un rostro se metamorfoseó, de Mike el Muerto, a Plomero, a Sensible, a Azul, a Negro, a Mike el Muerto de nuevo. Por turno, todos ellos lo invitaron a sumarse a sus fiestas. "Grandullón, aquí, sí, Grandullón, vive de prisa". Junto a ellos estaban Rosquilla

con Jalea y Pistola, ambos solitarios, ambos felices de verlo. "¡Eh, Grandullón!". El Tronco y Vaquera estaban juntos, pero no buscaban más compañía.

Los ignoró a todos. El primer rostro a su derecha era el de Gata. Ella lo observó en silencio por un instante, con expresión indescifrable. Después, fue reemplazada por Shiva.

—¡Grandullón! —dijo él, sin entusiasmo. Shiva era un hombre pálido con una roja cabellera enrulada y tres ojos. Tenía puesto un collar de pequeñas calaveras humanas—. Gata te estaba esperando. —Abrió la boca. A Murph no le había gustado Shiva la última vez que se lo había encontrado y no tenía ningún motivo para que ahora le gustara más. Pero estaba con Gata. Con renuencia, Murph atravesó la puerta.

Las plantas de maíz le llegaban al pecho. Debían de haberlo aplastado antes de extender la manta en medio de la vasta plantación. Había una canasta de mimbre junto a Gata, que estaba echada de lado, observándolo. Atrás de ella, a la distancia, se veían las chimeneas y las cubiertas superiores del barco. Se elevaba a una altura de doce pisos desde su base, anclado para siempre en un mar de maíz. El cielo era de un inmaculado celeste de pesadilla. El sol dolía de tan brillante. Muy Lejos era un genio.

—Siéntate. —Shiva ya estaba desnudo, a excepción del collar y de un taparrabo dhoti.

Murph estudió dubitativamente la manta. No había espacio, no para Grandullón. Se quedó parado en el borde, se agachó lo más abajo que pudo, gruñó, se cayó hacia atrás. Bajo su peso, los tallos de maíz cayeron como látigos al suelo.

—Perdón por llegar tarde —dijo Murph. Las hileras de maíz formaban lomadas en el suelo. Oía a gusanos. Murph meneó el culo, achatando un área que le resultó comfortable.

—Shiva me decía recién que vive en Gardner. —Gata llevaba un vestido a lunares de cuello alto que la cubría hasta los tobillos. Su gorro hacía juego con el vestido.

—¿La ciudad? —No era algo que Murph se hubiese animado a admitir.

—Calle Spring 21 —dijo Shiva. Murph no podía adivinar si estaba tratando de ser grosero o si simplemente no entendía el protocolo—. Es una gran casa victoriana color verde, con porche y hamaca. Ha pertenecido a la familia cerca de doscientos años. —Presionaba demasiado con información personal, demasiado incluso para Muy Lejos. En un segundo estaría diciéndoles su verdadero nombre. Murph ni siquiera le había contado a Gata en qué cubierta vivía, y mucho menos cuál era el número de su cabina.

—Tal vez deberíamos ir a visitarlo alguna vez, Gata. —Murph le disparó una mirada de "quién-es-este-zapallo".

—Estaría muy bien. —Shiva reía con facilidad—. Veo a mucha gente, pero casi nunca a tipos de un barco.

¿Gata ya le había dicho que vivíamos en el barco? Murph se preguntó qué otros secretos habían compartido.

—Soy médico, saben. —Shiva se volvió a Gata y le ofreció la mano—. Me llamo John. John Ghatak.

Ahora sí que Murph *estaba* escandalizado. Era como si Shiva... como si Ghatak hubiera

defecado en una servilleta y estuviera exhibiéndola para que ellos la admiraran. Murph luchó contra el impulso de abofetear esa mano ofensiva.

—¿Qué diablos estás haciendo? —En lugar de golpearle la mano, se inclinó hacia delante y se la empujó lenta y firmemente hasta el costado del cuerpo.

—Viviendo de prisa. —Ghatak le guiñó el tercer ojo a Gata—. ¿No es ese el objetivo? Esto cuesta setecientos treinta dólares la hora.

Gata se deslizó hacia él. —Un médico. ¿En serio? —Su cabeza ya casi estaba apoyada en su regazo.

Ghatak hizo cascabelear su collar de calaveras. —Por eso soy Shiva. El que trae la muerte y el que da la vida, dios y vampiro. —Tomó el lazo del gorro de Gata—. Masculino y femenino. —Tiró de él—. El amo del sexo. —El nudo, bajo la barbilla de Gata, se deshizo.

—¿Cortas a la gente? —dijo ella.

—En ocasiones. —Ghatak hizo una pausa, desconcertado—. Si es necesario.

—¿Lo disfrutas?

—No diría que lo disfruto...

—¡Basta! —Murph no quería desperdiciar ni un segundo más de su vida en esto—. No puedes hablar con extraños de cosas que ellos no quieren saber.

—Se lo estaba contando *a ella*, no a un extraño. —Empujó el gorro a lunares hacia atrás y acarició la cabeza de Gata—. Y tú estabas escuchando una conversación ajena, Grandullón.

—Qué raro. Nunca habría adivinado que eras médico. —Gata ronroneó y se estiró varias veces para buscar sus caricias—. Soy corredora de bioartículos.

Tanto Ghatak como Murph se quedaron mirándola. Gata les sonrió.

—Principalmente sangre. Algunos riñones, pulmones; algún hígado ocasional. —Se sentó y se acomodó entre los dos hombres—. Así que un médico. Una corredora. —Levantó el collar de calaveras de Shiva hasta quitárselo por encima de la cabeza, lo dejó escurrirse ociosamente de su mano abierta, se volvió para mirar a Grandullón—. ¿Y tú?

Todo iba demasiado rápido. Ghatak y Gata no eran extraños. Habían estado esperándolo. ¿Cuántas veces habían estado juntos con anterioridad? Podían pagarle a Muy Lejos mucho más que él: una rica corredora de sangre y un médico. Probablemente hacían el amor mientras él vigilaba los locales de Exprimidos A Pedido, Fideos Moon y Burger King durante las veinticuatro horas del día, sólo para pagar las cuotas de sus enchufes cerebrales. Hasta que finalmente lograba reunir suficiente tiempo libre para verla, y ella le pedía que escupiera datos de su vida real frente a un imbécil grosero que era demasiado vulgar para desenvolverse bien en Muy Lejos. ¿A quién le importaba lo que costaba? Esta era su maldita vida.

—Protejo a la gente. —La voz de Grandullón era tan suave... Allá, en su cabina, Murph gritaba.

—¿Qué, un polizonte? —dijo Ghatak—. ¿Un guardia de seguridad?

Los ojos de Gata centellearon. Murph no podía decir si estaba enojada o complacida.

Grandullón asintió, definitivo como una bala. —Operador independiente. —Había sólo nueve en el barco. Trató de calcular cuánto tiempo demoraría Gata en deducir cuál de ellos era él.

—No sabía que los guardias de seguridad ganaran tan bien. —Ghatak parecía escéptico.

—Esta aquí, ¿verdad? —dijo Gata—. ¿Me proteges, Grandullón?

—Esto es virtualidad —dijo Ghatak—. No necesitamos protección.

—¿No? —Gata sonrió, mostrándole a Murph sus diminutos incisivos cuadrados, los caninos como dagas encajados en las ranuras de sus encías. Murph ya había visto esa sonrisa. Se quitó el zapato del pie derecho.

—Entonces, doctor... —Gata se llevó las manos a la espalda para abrir el sello del vestido— cuando los cortas en dos... ¿qué olor tienen exactamente?

—¿Qué?

Bajó un hombro y el vestido descendió, deslizándose, hasta la clavícula; reveló el protuberancia de un seno.

—Adentro, quiero decir.

Por un segundo, el Doctor John Ghatak, de la calle Spring 21, Gardner, Kansas, quedó petrificado. Se puso a mirar a su alrededor con una actitud tan parecida a la de un dios como la de un conejo cegado por los reflectores. Tironeó abruptamente de su dhoti y luego desapareció de golpe. Se oyó un fuerte jadeo cuando el aire

se lanzó a ocupar el espacio vacío que él había dejado. Lo único que quedó fue su collar de calaveras.

Gata echó la cabeza hacia atrás y rió.

—No tenía el mismo coraje que su erección. —El vestido cayó hasta la cintura. El pelaje de sus senos era tan poco espeso como el vello de los brazos de Murph—. Pensé que nunca se iría.

Murph quería frotarle los pezones con los pulgares. —¿Por qué estabas con él?

—Te retrasaste. —Levantó el collar de Shiva—. Y él tenía sabor a desesperado. Eso me gustó. —Con desidia, se enroscó el collar alrededor de dos dedos—. Pensé que podría colgarse del precipicio conmigo. —Las calaveras se entrechocaron—. Pero sólo estaba fingiendo no tener miedo.

—¿Y qué sabor tengo yo?

Se lamió los labios. —No lo sé. Todavía. —Se puso el collar y se deshizo del vestido. Su mirada era firme, examinadora, mientras se acostaba sobre la manta. Se acomodó lánguidamente, apoyada en un codo, con las caderas apuntando hacia él.

—Yo me colgaré del precipicio contigo. —Murph estiró la mano hacia ella—. Me dejaré caer, incluso. —Gata abrió los brazos para recibirlo. Su boca. Su lengua era delgada y flexible en los bordes, pero más adentro parecía papel de lija.

Murph se arrodilló frente a ella. Gata le quitó el sello de los pantalones, deslizó la mano hacia el interior. Su palma se deslizó por la curva del enorme vientre. Más abajo, más abajo. Él la observaba, estremeciéndose de pavor y de deseo.

Las caricias se aligeraron cuando ella se dio cuenta de lo que Murph había hecho. Levantó la vista y lo miró.

—¿Por qué? —Tiró de los pantalones hasta que descendieron y quedaron amontonados en grandes pliegues a la altura de sus rodillas—. ¿Quieres algo diferente? —Pero ella lo sabía, tenía que saberlo.

—Conocerte —dijo él—. Tocarte la cara, ver dónde vives. Todo.

—Pero perderás a Gata. —Se inclinó hacia adelante. Con la lengua, le raspó la suave piel de la entrepierna—. Ella puede ser cualquier cosa, hacer cualquier cosa. Yo estoy atrapada dentro de lo que realmente soy.

—Amo a Gata... y a Grandullón. Pero estoy preparado para abandonarlos si tú también lo estás.

El aliento de ella lo quemaba como vapor ardiente.

—Ya es tiempo —dijo él—. Dime tu nombre.

—Sí. —Sus mirada pareció volverse muy profunda—. Oh, sí. Pero primero debo saborearte.

Se desperezó como si acabara de despertar. En cuatro patas, arqueó la espalda, manteniéndola un momento en su posición más alta. Después, la forma de su cuerpo cambió. Estiró las manos hacia adelante y levantó el trasero, como si quisiera que él la

tomara por detrás. Su espina dorsal se estremeció. Pareció aumentar de tamaño.

—Al comienzo va a dolerte. —Balanceó la cabeza de atrás para adelante, hipnóticamente—. Pero después cerraré las compuertas del dolor de tu cerebro.

Después será todo placer. —Sus dedos extendidos se replegaron y se convirtieron en cortos muñones peludos. Sus uñas fluyeron como la miel, volviéndose crueles garfios.

—¿Dolerme? —Vio que se le arracimaban los músculos mientras reunía fuerzas para saltar. Todo parecía tan lento... Como un sueño. Era como si sus nervios se hubiesen congelado y estuvieran rompiéndose en pedazos afilados como navajas. Entonces ella se le echó encima. Le aulló en el oído, le mordió el costado del cuello, lo sacudió. Con ese

primer sacudón, el dolor cambió. Se oyó gritar, pero era el sonido del éxtasis. A los manotazos, trató de arrastrarse hacia el maizal. Las tallos crujían y lo pinchaban. El terror era la gloria. Ella le dio unos zarpazos en la espalda, lo tumbó boca abajo, le mordió la nuca, desgarrándola. Brotaron heridas nuevas, como orgasmos múltiples. Trató de quitársela de encima a los sacudones y vio que el tibio suelo se oscurecía debajo de ellos.

—Estoy sangrando —gimió Murph.

—Es bueno para el maíz. —Le dio un golpe que le enterró la cara en el suelo. Le puso una garra sobre la cabeza, la otra en la espalda. Su peso acariciaba el aire de sus pulmones—. Ahora duerme, Murph.

Ella sabía exactamente lo que él necesitaba. Estaba cansado de Muy Lejos, sí. Necesitaba dormir. Justo antes de que Gata le clavara el mordisco mortal, Murph se dio cuenta de que nunca antes había estado más vivo.

La cabina estaba oscura. Se despertó y vio la luz del reloj. 03:21:35, 03:21:36. Su primer pensamiento fue que le quedaban una hora y cincuenta y seis minutos. El siguiente fue que había muerto. Gata lo había asesinado. Hurgó en el recuerdo y descubrió que seguía proporcionándole un placer profundo y aterrador.

—¿Mensajes? —Se quitó uno de los conectores cerebrales.

La pared de la derecha exhibió una nómina de correspondencia. Avisos publicitarios, cuentas, la cuota de agosto de Dennis el Acupunturista, el aviso del funeral de la pobre Noonan. Nada. No podía parar de pensar en Gata. En cómo se había librado de Ghatak. En la forma en que le había dicho sí. *Oh, sí.* ¿Pero cómo podrían conocerse ahora? Después recordó.

Lo había llamado Murph.

—Llamar a Bumpus.

La nómina fue reemplazada por Bumpus. Estaba desparramado en la misma posición en que estaba al desconectarse. Por un momento, Murph pensó que Bumpus se había quedado dormido con los ojos abiertos. Su rostro estaba muerto como la piedra.

—¿Ya estás de vuelta? —dijo Bumpus.

—No. Quiero que me vigiles. Aquí, durante el resto de mi tiempo libre.

—¿A tí? —Bostezó—. ¿Por qué?

—Puede ser que reciba una visita.

—¿No una mujer?

—Puede ser.

—¿Quieres que los mire durante el sexo?

Sonó la campanilla de la puerta de Murph. —No sé qué es lo que va a ocurrir —dijo—.

¡Tú vigila, maldición!

—Te costará...

Murph lo borró, se arrancó el último conector, se levantó de su butaca de trabajo. Mientras avanzaba a hurtadillas hacia la puerta, le pareció que la oscuridad giraba sobre sí misma. Pensó en encender la cámara del vestíbulo, en ver quién era. Pero si de verdad era ella, no quería verla por primera vez en una pantalla.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Murph seguía titubeando. ¿Cómo había averiguado su nombre tan velozmente? ¿Y dónde vivía? Más misterios. 03:25:12. Él era un campeón. 03:25:13. Esto era algo muy estúpido, dejar entrar a un extraño a las 03:25:15. Aunque fuera Gata... *especialmente* si era Gata. Pero no tenía miedo. Tenía que vivir de prisa, o no vivir. Abrió la puerta.

FIN